



Cuadros en la última sala del museo.

LP

José María Yturralde, ejemplo de pintura contemplativa

Destaca de la antológica en el IVAM los cuadros de gran formato de la última sala

Guillermo Gómez-Ferrer

Valencia

¿Existe la pintura figurativa? Y en caso de existir ¿en qué consiste? No resulta fácil hablar de un tipo de pintura que no tiene escuela ni manifiestos, que no ha sido muy estudiada en su conjunto y cuya plasmación formal es muy variable. La hay figurativa y la hay no figurativa, la hay reconocida como tal y la hay no reconocida.

La pintura contemplativa, a mi parecer, responde más a una actitud que a otra cosa, una manera de entender el arte que la hace solitaria, aislada, contenida. No es tanto una verdadera corriente artística.

Esta actitud es fruto de una voluntad intelectual, incluso existencial ante el mundo que nos rodea. A veces se trata de un deseo moral, como escribió Wittgenstein al final de su "Tractatus". Pero es, en definitiva, un deseo de crear obras para detenerse ante ellas para dejarse absorber por la intensidad que transmiten, lo que la hace diferente. Buscan a diferencia de otros tipos de pintura la contemplación más que la admiración.

Estas pinturas son ventanas hacia una realidad que está más allá de lo real, más allá de lo físico, como etimológicamente quiere decir metafísica. Son otros caminos con los que aprehender la existencia real.

Hace no muy poco, en la sala 1 del IVAM, donde ahora expone José María Yturralde, quien es quien inspira estas líneas, a quien van dirigidas estas reflexiones, pudimos contemplar las obras de un contemplativo que fue Morandi, autor de lo trascendente en lo cotidiano, de lo absoluto en lo sencillo. En esta misma línea y con obras diferentes por los resultados finales, también tuvimos la oportunidad de ver los trabajos de la francesa Aurélie Nemours, una geómetra contemplativa cuya intención final difiere un poco de la de Yturralde y el suizo Frederle, otro autor de lo supra-físico.

Ahora le ha llegado el turno a Yturralde, que a mi parecer no ha hecho ejercicios de estética, como así lo ha entendido algún crítico, sino un verdadero trabajo de depuración intelectual en busca del vacío, ese espacio lleno de vida, como así lo concibe Yturralde y que bien puede leerse en sus escritos. Hablar de Yturralde es hablar de la pintura entendida como medio de conocimiento de la realidad, es hablar de placer estético, de tiempo por transcurrir, de horas por mirar.

Es lo eterno en lo efímero, la pintura sin más. Obras para contemplar y no decir nada —de hecho sobran estas palabras, como casi siempre— no hay que hablar sino mirar, dejarse llevar por sus últimos trabajos, esa sala final, especie de capilla Rothkiana que como un concierto de orquesta no requiere nada más que el paso del tiempo por los sentidos. En este caso, placer estético ante la disolución del espacio.